

sus propios intereses. Sin embargo, estudiado más de cerca el tema, vemos cómo el poeta, en definitiva, se sentía superior intelectualmente al protector. No en comparaciones o menosprecios directos, lo que equivaldría a perder su privilegiada situación, sino con alusiones a sí mismos o al personaje que les proporcionaba un modo cómodo de vivir. Lucrecio se convierte en el maestro y adoctrinador de Memnio: “Para las lecciones que en forma de dádiva te dedico, reclamo tu atención libre de prejuicios y reposada...” (14); Virgilio se siente plácidamente superior en su condición de vate pastoril retraído a César en el estruendo de sus victorias (15); Horacio, *pauperum sanguis parentum* (16), profetiza a Mecenas su propia inmortalidad como poeta y, al exponer la vanidad de las riquezas, se gloria de que *pauperemque dives me petit* (17). Propercio exulta la poesía sobre los placeres y riquezas (18); Marcial tiene en tan poco los dones del protector, que se los ofrece para que los compre (19).

Catulo otorga escasas alusiones a sus protectores. Posiblemente no le hacían gran falta, pues gozaba de un buen pasar, sin verse obligado a mendigar ayuda ajena. Además componía versos para su satisfacción, con el propósito de expresar sentimientos rencorosos, vengativos y, principalmente, afanes amorosos o donjuanescos. El epigrama a Cicerón revela, sin embargo, en exceso sentimientos adulatorios: “Oh, tú, el más elocuente de los descendientes de Rómulo, que son, que fueron, Marco Tulio, y de los que serán en los años venideros; recibe millares de gracias de Catulo, el peor de todos los poetas; quien en tanto es el peor de todos los poetas en la medida en que tú eres el mejor de todos los patronos” (20).

El protector de Lucrecio, Memnio, no en nada merecedor de la dedicatoria del *De rerum natura*. Su epicureísmo era escaso y, por de pronto, nada fervoroso, tal como se supone debía ser entre los que admiraban las doctrinas del filósofo griego. Lucrecio, a pesar de que ensalza “a quien adornar quisiste (Venus) en otros días con tus más

(14) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 44.

(15) Virgilio, *Georgicon*, Liber IV, 559-65.

(16) Horacio, *Odae*, Liber II, XX, 5-6, “hijo de padres pobres”.

(17) Horacio, *Odae*, Liber II, XVIII, 10-11, “a mí pobre me busca el rico”.

(18) Propercio, *Elegiae*, Liber I, XIV, 4-15.

(19) Marcial, *Epigrammata*, Liber VII, XVI.

(20) Catulo, *Carmen XLIX*,

*Dissertissime Romuli nepotum
Quot sunt quotque fuere, Marce Tulli,
Quotque post aliis erunt in annis,
Gratias tibi maximas Catullus
Agit pessimus omnium poeta,
Tanto pessimus omnium poeta
Quanto tu optimus omnium patronus.*

nobles dones" (21), se constituye en su maestro, como ya dijimos, pues sus versos están "destinados a iluminar tu inteligencia con clara luz que te permita penetrar en las cosas ocultas" (22). Por intermedio de Memnio, Lucrecio se dirige a todos los hombres del mundo. Recibimos la impresión de que en nada influyó la posición social del protector para que el filósofo poeta callara o velara opiniones propias, incluso en hechos que eran tradición romana y que merecían el más alto respeto de los que aspiraban a usufructuar posiciones públicas, como la religión politeísta, los ritos y la vida política.

Tibulo tuvo un protector y quizá un amigo en Mesala, a quien siguió incluso en empresas diabólicas por las Galias y el Oriente. Se sentía unido a él por un profundo afecto,

*Huc veniet Messalla meus, cui dulcia poma
Delia selectis detrahat arboribus* (23).

más allá de la protección y ayuda que pudiera recibir. Al enfermarse en Corcira, seguro de su próxima muerte, recuerda a su madre y hermana y al protector; como muestra de gratitud por el último intento eternizar su nombre en el epitafio que encargaba se pusiera sobre su túmulo en el supuesto de que falleciera. No obstante, por grande que fuera el afecto que sintiera por Mesala, sobre todo después de la experiencia de la enfermedad, decide alejarse de las armas y dedicarse por completo al amor y a la poesía:

*Hic ego dux milesque bonus. Vos, signa tubaeque,
ite procul; cupidis vulnera ferte videris* (24).

El afecto por el protector no lo turbó de tal manera que le alejara de la que era su auténtica vocación. Comprende, al igual que Catulo y Horacio, que no está destinado al efímero brillo que proporciona la carrera de las armas; prefiere dedicarse, en el retiro de su casa romana, al culto de las musas.

(21) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 26-27.

*Tempore in omni
omnibus ornatum voluisti excellere rebus.*

(22) Lucrecio, *De rerum natura*, Liber I, 144-145.

*Clara tuae possim praepandere lumina mentis
res quibus occultas penitus convisere possis.*

(23) Tibulo, *Carmina*, Liber I, V, 30, "Aquí vendrá mi Mesala, para quien dulces manzanas Delia arrancará de árboles selectos".

(24) Tibulo, *Carmina*, "Aquí soy yo capitán y buen soldado. Vosotras, insignias y trompetas, id lejos; mirad de herir a los que lo deseen".

El caso clásico, que se ha sustantivado para indicar el proteccionismo literario, es la ayuda que Mecenas otorgara a Horacio, Virgilio y otros vates latinos. Su casa estaba siempre abierta a los que sentían una auténtica vocación especulativa o literaria. Uno de los más favorecidos fué, sin duda, Horacio, quien, a su vez, correspondió a su protector inmortalizándolo en varias de sus odas. No se trataba sólo de agradecimiento, sino que entre Mecenas y Horacio existía una verdadera y honda amistad. Ambos, adoctrinados en las enseñanzas que los griegos nos legaron sobre esta virtud, la practican fielmente. Virgilio, nada egoísta, sirvió de intermediario entre Mecenas y Horacio. Aquél lo estimó por sus dones, sin tener en cuenta su origen humilde ni sus escasas cualidades militares. Horacio se reconoce poseedor de excelentes gracias intelectuales y sentimentales. Sabe que, en el particular, se singulariza en Roma; no le importa hablar de su origen humilde, ni de su pobreza, ni de sus escasas aficiones bélicas.

Virgilio recuerda también a Mecenas. Tal vez sus elogios sean más cordiales que los de Horacio, debido en gran parte a la índole de su carácter y quizá también a los temas que exigían sus preferencias poéticas. El vate mantuano tenía un concepto más íntimo y severo de la vida; aunque, naturalmente, no podía menos de expresar en alguna forma la gratitud que sentía por un hombre como Mecenas, en realidad no indigno de la admiración y afecto de los grandes poetas que produjo el Lacio. A él le dedica su precioso poema *Georgicon*, recordando de cuando en cuando a su protector:

*O decus, o fame merito pars maxima nostrae,
Maecenas, pelagoque volans da vela patenti* (25).

Nuevamente podemos afirmar que aquí en poco o en nada influye la presencia del protector, para que el poema resulte tergiversado en sus propósitos.

Y, finalmente, ya en las postrimerías del Imperio Romano, encontramos a Marcial. El epigrama le ofrecía una ocasión única para satirizar las costumbres que le parecían impropias. Audaz en sus expresiones, quizá obligado por su pobreza, establece una relación entre la generosidad y la protección:

*Sint Maecenates, non derunt, Flacce, Marones
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt* (26).

(25) Virgilio, *Georgicon*, Liber II, 41-42, "Oh honor, merecidamente máxima parte de nuestra fama, despliega rápidamente las velas al abierto mar".

(26) Marcial, *Epigrammata*, Liber VII, LV, 5-6, "Existan Mecenas, no faltarán, oh Flaco, Marones, y te darán un Virgilio o canciones pastoriles".

Parece que contó con la protección de Plinio el Joven, quien lo invitara a establecerse en Roma. Pero en esta ciudad no pudo tampoco encontrar la plena satisfacción que esperaba para su capacidad o su ambición. Tal vez esto lo indujo a burlarse del mecenazgo ante el fracaso de sus propósitos o la escasez de la remuneración:

*Aera domi non sunt, superest hoc, Regule, solum
ut tua vendamus munera: numquid emis? (27).*

(27) Marcial, *Epigrammata*, Liber VII, XVI, "No hay dinero en casa. Régulo, sólo nos resta vender tus regalos; ¿por ventura los compras?"

Luis Farré.
LA PLATA (Rep. Argentina).